

Ángel Joel  
Méndez López

*Una mirada a la  
personalidad del  
Guerrillero Heroico  
desde la Psicología*

Cuando nos adentramos en el estudio de la personalidad del Che, indudablemente es necesario explorar en el sentido de su vida y su búsqueda personal, encontrándonos frente a una persona que se caracteriza por una coherencia excepcional entre vida, compromiso político y pensamiento teórico.

La vida del Che se presenta como una ininterrumpida y secuencial búsqueda de novedosos horizontes, todo lo cual está avalado en su reflexión introspectiva, en sus vínculos interpersonales (amigos, amores), en sus encuentros ocasionales, en sus vivencias y experiencias, dada su riqueza interactiva, su contacto con la realidad (o realidades) donde pudo acceder, conocer, comprometerse con culturas e identidades que no eran la «suya» originalmente y de lo cual supo aprehender y a las cuales aportó como el mejor de sus mejores hijos, irguiéndose como un hombre de talla universal.

Para llevar a vías de acción sus utopías y ese proyecto trascendental y de fuerte contenido humano, afronta innumerables situaciones adversas y expone temerariamente su salud y su vida propia, en pos de un proyecto para el desarrollo y el crecimiento del ser humano que lo hace ser un pensador revolucionario, crítico, reflexivo y creativo, capaz de poseer valores idóneos inclusive, de motivar la resistencia y la lucha de las nuevas generaciones, en una época actual donde prima el desencanto, el fatalismo, la desesperación y el conformismo.

Muchos autores están conscientes de que la primera caracterización de la búsqueda del Che lo constituye su deseo de libertad, pero no la interpretación vulgar del libre albedrío hasta desencadenar voluptuosamente en el tan arraigado a veces libertinaje, sino ese sentido de libertad «entendida» como exigencia de construir su identidad desde adentro, de ser uno mismo, redimensionando y reafirmando el carácter autónomo, de autodeterminación y de autarquía personal y concibiendo este carácter autónomo desde una conexión - conquista sería mejor - desde lo intelectual y la praxis.

En su cotidianidad era perceptible su rebeldía, con acentuada indignación ante la injusticia y el egoísmo, colocándose del lado de los valores morales más elevados de la especie humana. Precisamente ese carácter y ese temple lo fue configurando a lo largo de su ciclo vital y ante el asma que lo afecta y persigue desde pequeño, le contrapone un esfuerzo incesante de voluntad y conciencia para dominarlo e impedir que esta compañera de mil batallas se convirtiera en un obstáculo en la realización de sus proyectos. Como solución alternativa se sumerge en la práctica de varios deportes, en los cuales, además de alcanzar elevados niveles de rendimiento, encuentra una manera de conquistar el dominio sobre su soma, para ponerlo al servicio de los valores que va descubriendo, que van formando y moldeando definitivamente su personalidad y donde resalta su carácter de hierro, que le hace más accesible ese camino largo por donde viaja el guerrillero.

Es menester resaltar que ese amor por sí mismo que poseía el Che nunca encontró un desencadenamiento en el egoísmo y que los valores que iría descubriendo y potenciando como propios de su desarrollo personal e identidad individualizada, encuentran un clímax definitorio esencialmente por la apertura al mundo donde vive. La búsqueda de sí lo empuja hacia los otros en el sentido de la alteridad, en el reconocimiento del hombre como ser esencialmente social, «hijo» de los espacios intervinculares con el resto de los seres humanos, todo lo cual lo lleva a reconocerlos y a lograr una apreciación y aceptación desde y en la diversidad, abriéndose especialmente a personas de otras clases sociales, con necesidades, carencias y potencialidades en algún sentido divergentes de sí. Para Ernesto el hecho de encontrarse tenía como requisito *sine qua non*, el abrirse a su

contexto sociocultural y ambiental y descubrir horizontes nuevos, incluso de por vez más universales. El modo en que se ama y se valora a sí mismo tendrá un profundo influjo sobre la manera en que amará a los demás - no se limite a sujetos psicológicos concretos este calificativo. Ama a todos los pueblos del continente americano, e incluso, se entregaría incondicionalmente a la construcción y a la lucha por el ideal de alcanzar una revolución continental latinoamericana.

La familia constituyó desde los primeros momentos en la vida de Ernesto un paradigma, en la cual comprendió la significación del amor, la entrega, el espíritu solidario, la apertura a los demás, el anticonformismo, lo que lo lleva a desarrollar, además, una profunda sensibilidad ética y moral. Logra la familia, con su influjo educativo, que en la persona del Che se articulen tanto los sentimientos interpersonales como los universales, donde confluyen los derechos y logros de la colectividad de los individuos. En este seno es que se comienza a desatar en él ese sentir de insatisfacción frente a las ideas dominantes de su época y sienta las bases para «crear», crear y profundizar posteriormente en el ideal de hombre nuevo.

Encuentra en su familia, estructurándose de manera definitiva posteriormente, por sus propias experiencias, por su vínculo con la diversidad y por su sentido del deber social, un sólido sustento para inspirarse y convertirse en médico, en un profesional con una vocación definida, con un compromiso social marcado y con una sensibilidad excepcional por los seres humanos.

Los rasgos caracterológicos esenciales de su personalidad nos hacen más fácilmente apreciable las exigencias de una época compleja, a la cual fue capaz de infundirle un aliento y una riqueza suprema y como él mismo reconocería, «el hombre deja de ser esclavo e instrumento del medio y se convierte en arquitecto de su propio destino», «los hombres de la revolución deben ir conscientemente a su destino», destacando el carácter activo de la personalidad y el carácter consciente-volitivo para ser y para hacer; para construir por sí, para sí y para la humanidad, su historia personal. El destino tiene aquí una idea de proyecto de vida y cuando acentúa «los hombres de la revolución» explicita el sentido de pertenencia, de implicación para actuar y sentirse parte, así como el compromiso con una obra que la hace

«suya», pero que la trasciende y solo puede fundirse en corazas como las que acompañan su dignidad personal.

Me viene a la mente la idea de que el Che era un constructor y lo era en el más amplio sentido del término. Destaca la presencia del medio, pero enfatiza que al final es la persona quien decide, pues en ella están contenidos los recursos, las potencialidades para encauzar su comportamiento. El hombre es un fin y no es un medio ni es un instrumento.

El tema del hombre, la comprensión del ser humano y la formación de un individuo íntegro y superior, se perfila en todo el decurso de la obra del Guerrillero Heroico. Este es un concepto clave en su ideario, pues el esclarecimiento de esta temática resulta imprescindible para la comprensión de una tarea central en su vida: luchar por el mejoramiento humano. En su espíritu y psicología están las raíces éticas y culturales del empeño por el mejoramiento y bienestar de los seres humanos y ello lo empujaba fundamentalmente al humanismo de los pobres, a ese mismo componente liberador que lo hacía transitar indiscutiblemente por los caminos de la justicia y la equidad, considerando los elementos subjetivos, intrapsíquicos, para incentivar y orientar la acción revolucionaria de las masas y la sociedad. Disciplina consciente, pensamiento creador, infatigables dotes de observador e investigador, resaltan como aspectos centrales de su personalidad.

Para el Che los problemas culturales poseen una estrecha vinculación con la conciencia y no constituyen un reflejo meramente pasivo de la realidad, donde juega un papel importante la producción material. Reconoce que «el desarrollo económico es nada más que el medio para lograr el fin, que es la significación del hombre» y que el hombre es un actor de su propia construcción histórica, y precisamente la historia es hecha por seres humanos.

«Propone» una novedosa visión transformadora, de creación de una nueva subjetividad, de una nueva cosmovisión del mundo, que se oponga radicalmente a la alienación y a la dominación y está consciente de que la nueva sociedad será conclusión de una compleja construcción de sujetos individuales y actores colectivos, plagados de contradicciones, pero al fin y al cabo, necesarias para el crecimiento espiritual de la humanidad. El ser humano de esta nueva sociedad no sería el depredador de

sus semejantes y sí un individuo que haya roto todas las cadenas de la enajenación y que sea capaz de relacionarse afectiva y cognitivamente con los demás, con lazos de real solidaridad y fraternidad.

Puso en el centro de la moral la formación ético-humanista-revolucionaria, el conflicto altruismo y solidaridad (el cumplimiento del deber, la humanidad, el amor por las causas nobles), contra el egoísmo (el afán de lucro, la irresponsabilidad y el abandono de los deberes). Resaltó además, entre los requerimientos morales del hombre la independencia. Esta independencia resulta decisiva en sus aspiraciones, pero la misma se entroniza con el sentido de identidad que desarrolló en esta lucha por la soberanía americana. Al Che sin duda le era necesario un conocimiento psicológico para orientar y fundamentar sus luchas políticas y sus concepciones morales.

En el ideal guevariano de hombre se resalta la orientación social, el desinterés que deben tener los individuos y los pueblos, y esto se potencia en el rasgo de la independencia, de la libertad y de la autodeterminación del individuo y de los pueblos, reconociendo que «no podemos nosotros luchar desunidos, no podemos luchar unos por aquí y otros por allá, eso lo aprendimos bien en Cuba».

Para él es imprescindible e impostergable partir de las necesidades, carencias y vivencias de las personas «... para entonces ayudarnos mejor a comprender todas las necesidades de la clase obrera, e integrarnos más, pues nunca antes como ahora, fue para nosotros tan claro el concepto de interacción...» y «... lo que nosotros tratamos es de resolver, de quitar esa pequeña separación artificial, y de encontrar la forma de comunicación mutua que permita, con unos canales especiales, tener un contacto directo con las aspiraciones de la masa». Es fácilmente perceptible encontrar en su labor por mejorar moralmente al hombre y a la sociedad íntegramente, consideraciones de su pensamiento psicológico respecto a la motivación, a las necesidades y afectos del hombre en su interrelación.<sup>1</sup>

No separó en su vasta obra el espíritu de la acción, de la conducta, de la actividad, sino que apreció su unidad, identidad y continuidad y fue congruente entre el lenguaje y su ac-

<sup>1</sup>Fernando González: *Problemas epistemológicos de la Psicología*, pp. 57-60, Editorial Academia, La Habana, 1996.

tuar, todo lo cual se evidencia en la esencia de sus principios revolucionarios y en su propia vida; «... debemos hacer lo que hace este, que es lo mismo que lo que dice»; «el hombre que no sea capaz de ser un ejemplo vivo no sirve para esta especie de apostolado en que ustedes van a ingresar». Educar con el ejemplo era una máxima en su personalidad y en este tipo de educación dejaba bien esclarecido sus postulados y sus principios revolucionarios, de rechazo a todo tipo de injusticias y al imperialismo que desprecia a las razas y a los pueblos subyugados.

La esclarecida concepción que se configura del hombre latinoamericano y de su identidad psicológica tiene una conexión indiscutible con sus ideales y aspiraciones independentistas y latinoamericanistas, confluyendo sus ideas psicológicas en la estrategia para formar un hombre nuevo y superior, capaz de asumir en la lucha por el altruismo, la creatividad y la libertad.

Fue un profundo estudioso del marxismo y su ideario se entronca profundamente con el materialismo dialéctico e histórico. De igual forma profundizó en los postulados de otros grandes pensadores y actores revolucionarios.

En su discurso está presente, de un modo multidimensional, la educación humana y en ella juega un papel relevante el contenido axiológico, enriqueciendo con su obra el legado de muchos luchadores por la emancipación del hombre y de la cultura como Félix Varela, José Martí, etcétera.

La solidaridad, el colectivismo, el patriotismo, la igualdad, el amor al trabajo, la honestidad, entre otros, son algunos de los principales valores que a lo largo de su vida logró desarrollar en su personalidad, y asimiló conscientemente la educación de los mismos desde una doble vertiente, universalista-contextualista, sustentados en toda una rica tradición de desarrollo de la humanidad y provenientes de ese tronco de la propia identidad cultural, que los asume y a la vez transforma y enriquece. El proceso comunicativo jugó un papel importante en el fomento de estos valores en la persona del Guerrillero, apoyado en el diálogo como solución constructiva de valores - incluso renovados. No un diálogo cualquiera, sino un instrumento, un recurso y modalidad con visos refinados de reflexión crítica y creativa, que supone la extensión de las bases prácticas de una cultura democrática de nuevo tipo y de otra dimensión.

Este diálogo comunicativo no fue la defensa a ultranza, desde la sordera, y sin convincentes argumentos ni principios éticos-humanos para la valoración de los hechos, ni hipertrofiado de nociones unidireccionales que excluyen la evaluación y la evolución del otro, y sí un vínculo dialógico anticaótico, planificado, razonable, responsable por sus juicios, acciones, concordancia y complementariedad con los hechos y con los valores asumidos y sus consecuencias. El diálogo en el decir-hacer del Che es una vía que permite apreciar la intervencionalidad de vasos comunicantes que a ojos vista nos explicita el hecho de que nada está separado y que, por tanto, todo está conectado. Está implícita la convicción de que todos estos aspectos solo podrán ser efectivos sí y solo sí preparan al individuo en la vida, para vivir la vida, de por vida e incluso para entregar su vida y colocarla al servicio de las causas más humildes y nobles, y en ello se refleja su mirada al desarrollo, no solo desde el ámbito meramente económico, sino que conmina a considerar en una educación holística, desde una dimensión sociopolítica que posibilita adentrarse en un análisis crítico y activo del contexto mundial en que se vive y se profundiza en su esencia, asumiendo el papel que nos corresponde jugar.

Yo diría que el Che fue uno de los grandes pedagogos que nos enseñó el método de aprender a aprender y con ello a trascender los espacios limitativos del desarrollo, con los que de manera frecuente segmentamos y fragmentamos la realidad. En su sentido vital nunca se separó de la dirección que tomó su vida, sustentando en valores su proyecto de vida personal, el cual se complementó con metas importantes en ámbitos múltiples de su cotidianidad, que expresaron sus aspiraciones y expectativas en relación con los valores asumidos y su posibilidad de realización real, siendo capaz de orientarlo y convertirse en una base psicológica compleja, que aglutina unidades importantes como tendencias orientadoras de su personalidad y recogen en su esencia lo que sintió, pensó, cómo se valoró y cuáles eran sus reales recursos y cualidades personalológicas. Su proyecto de vida con calificativo de eficiente, estaba estrechamente conectado con las líneas fundamentales de su inspiración y de su acción, y para lograr esta genuinidad tuvo que superar (con resultados positivos) conflictos cotidianos, de situaciones de crisis personal y social, inherentes al movimiento mismo de la vida y su dinámica interactiva.



El Che logró paso a paso, prepararse para la vida - superando condiciones y eventos por todos conocidos o cuanto menos imaginados - y logró asumirla en su complejidad y diversidad, con una capacidad admirable de mantener los rumbos o direcciones esenciales en que se sucedieron los dramas vitales y sociales, con flexibilidad, apertura a las nuevas alternativas y de modo creativo, con una resaltable coherencia y solidez expresiva.

En él primaron caracteres como: ser un hombre culto, su integridad moral y la responsabilidad ciudadana, con un acentuado coraje desde lo intelectual y desde lo afectivo, para enfrentar funcionalmente problemas difíciles, puntos de vista diferentes y tomar decisiones de vida o muerte, todo lo cual nos da una noción bastante acabada de su integridad y confianza en el cultivo de las buenas razones y el pensamiento independiente, teniendo como cimiento un razonamiento cuestionador y dialéctico, capaz de fomentar en él un sentido de dignidad (autonomía y deber de vivir) y de solidaridad (tendencia a la cooperación, al altruismo, a la empatía, a la incondicionalidad hacia el prójimo, en conformidad con principios superiores).

Ernesto logró potenciar una riqueza interior que lo llevó a convertirse en una persona mejor, sana, madura, autorrealizada, de funcionamiento pleno, desarrollada<sup>2</sup> y a la vez estos logros lo impulsaron a ser aún mejor, a sentirse mejor, siendo mejor individuo. Su personalidad funcionó plenamente y para argumentarlo retomamos los elementos que propone G. W. Allport,<sup>3</sup> cuando sintetiza un conjunto de características, que se evidencian en la vida del Guerrillero:

- actitud abierta a la experiencia (no defensiva),
- modo de funcionamiento existencial (plenitud de la experiencia),
- digno de confianza (armonía interna con sus manifestaciones comportamentales).

Entre las consecuencias derivadas del logro de este funcionamiento pleno en la figura del Che, podemos destacar su capacidad para modificar sus relaciones con el medio, su existencia anticonformista, su necesidad de asociación y comunicación con

<sup>2</sup> Roger Carl: *El poder de la persona*, p. 173, Editorial Alfaguara, Madrid, 1975.

<sup>3</sup> G. W. Allport: *La personalidad. Su configuración y desarrollo*, Edición Revolucionaria, La Habana.



los demás, su mirada introspectiva desde una perspectiva de crítica constructiva, lo que le facilita no solo el encontrarse a sí, *per se*, sino afirmarse e implicarse hacia la consecución de esa imagen ideal que descubre la novedad y lo sublime de cada momento y que lo hacía más fuerte y decidido para el actuar, comprendiendo el camino auténtico desde lo humano y desde la comprensión y la convicción.

Su personalidad desarrolló un pensamiento multilógico y logró convertirse en un indagador sistemático y un razonador dialéctico en los más disímiles campos de su vida, donde no solo consolidó su capacidad de autodeterminación, en vez de aceptación crítica de las decisiones, sino además su capacidad de aprender y desarrollar actitudes cívicas donde, sin violentar ni contravenir sus principios, supo respetar las opiniones y el contexto de decisiones pluralistas. Y es que el pensamiento del Che constituía sin duda un componente importante de autonomía y autodirección, lo cual coadyuvaba a que su personalidad funcionara en un sentido de totalidad, descubriendo en la articulación de sus procesos cognitivos, afectivos, valorativos y de su propia historia personal y relacional, su significación vital.

Fue un ser realmente auténtico, pues pensó, dijo e hizo siempre desde el fondo de sí mismo, sin interferencias, condicionamientos, ni manipulaciones, de forma tal que cada palabra y cada una de sus acciones fueron expresión directa de su ser verdadero, especial y profundo, lo que no resulta nada fácil ni frecuente encontrar en un único individuo. Fue un hombre libre de condicionamientos mentales, de ideologías y estereotipos prejuiciosos. En cambio estuvo situado en el centro de sí mismo con libertad interior para tomar esas decisiones que su visión interna le señalaron, sin sentirse cooptado - o en otra instancia, siempre se sobrepuso valerosamente - por presiones externas o internas egoístas, particulares y en este sentido podemos resaltar ese ejemplo vívido que hizo trascender su vida y donde su muerte nos dejó no solo un sabor amargo, sino una clara esperanza de que todavía existen primaveras.

Ernesto fue una forma superior de hombre, la «encarnación» del hombre nuevo; imperfección que lo acercaba a la perfección terrenal y a la utopía de ser bueno por sí, desde sí y para todos. Tal vez por eso fundamentalmente - y limitarnos sería ridículo - es que fue valorado desde la mistificación por un grupo

nada despreciable de personas, donde se incluyen aquellos que lo amaban y aquellos que más que odiarlo, le temían irremisiblemente.

San Ernesto de la Higuera fue su bautizo *post mortem*, todo lo cual estuvo dado en alguna medida por sus coincidencias con Jesús Cristo, en la hora fatal, en su barba encrespada, su pelo, sus ojos abiertos (sorpresivos y fijos), su desaparición física y luego, y como forma vibrante, para no dejar duda de su permanencia plena, su forma digna, flagrante de resucitar como la vida misma. Las circunstancias y eventos que acompañan su caída en combate, trajeron consigo la famosa maldición del Che, donde el Guerrillero «se vengó» de aquellos individuos que estuvieron involucrados en su deceso y cada cual encontró su castigo por quitar a la humanidad a ese ser humano que como Cristo Jesús fue bueno, sabio, despierto a la verdad y al amor. Aun cuando se le atribuye este cualificativo mágico-animista al Che, es curioso que, hasta donde conocemos, no realizó valoración ni comentario alguno sobre la religión.

Ernesto fue una persona consagrada al logro de la liberación multilateral del hombre, para lo cual debió escrutar los más disímiles caminos e intersticios de la naturaleza humana, para afianzar su proyecto sobre sólidas bases y por ello con solo diecisiete años es consciente de la necesidad de estudiar filosofía, para comprender el mundo en que vivió y formarse una concepción teórico-práctica del mismo; clarificó desde temprano que solo en contacto directo con la aguda realidad que azotaba (y azota) a los habitantes de nuestra América es que podía solidificar sus postulados, sus principios y movilizar sus emociones en toda su dimensión y nos deja constancia de ello cuando refiere: «el personaje que escribió estas notas murió al pisar de nuevo tierra argentina, el que las ordena y pule, “yo”, no soy yo, por lo menos no soy el mismo yo anterior. Ese vagar sin rumbo por nuestra “Mayúscula América” me ha cambiado más de lo que creí». <sup>4</sup>

Tal humanismo práctico y añadiría además, práctica del humanismo quedó plasmado en innumerables ocasiones en su obra escrita y praxiológica, siendo un humanismo concreto, revolucionario, que llama a la lucha con el metaobjetivo de crear

<sup>4</sup> *Notas de viaje*, Centro latinoamericano Che Guevara, 1993.

un modo de justicia y equidad a favor de la mayoría excluida, concebido además para transformar al hombre en su circunstancia, al transformar las circunstancias que condicionan al hombre.

Su discurso humanista, su ayuda a los pobres, los «favores» que hacía, nos evidencian que su humanismo no era ni volátil, ni ligero y mucho menos fugaz, sino profundo y enraizado, porque estaba dirigido a hombres específicos y en especial a pueblos que luchaban por su emancipación. Avalaba su acentuado optimismo - «nos espera sin lugar a dudas un futuro feliz y un futuro glorioso» - en su constante perfeccionamiento, tratando de fundarse en la mejor y más pura comprensión de la esencia humana. Su humanismo supera toda forma de visión contemplativa del hombre, porque es militante, comprometido con los pobres del mundo y por ello su proyecto desalienador es de nuevo tipo, que encontró su plena realización en esa entrega desinteresada y comprometida a los demás, especialmente a su pueblo y a su gran patria (la libertad y independencia), que fueron su única y verdadera religión.

